

EL VIRREINATO DE NÁPOLES

Un onírico puerto de Toledo es el recurso literario utilizado por *Anna Maria Ortese* en novela de homónimo título¹ para subrayar el componente hispánico y borbónico característico de Nápoles. Espíritu que aún hoy deambula entre los muros del majestuoso palacio real y recorre la centenaria *via* Toledo. La relación viene de lejos, se remonta al siglo XV cuando el quinto Alfonso de Aragón incorpora a su reino el espacio napolitano, *la edad aragonesa*, en detrimento de la casa de *Anjou*. Después, a partir de 1503, durante la *católica* monarquía de Isabel y Fernando, Nápoles se constituye en virreinato, *la edad española*. Por espacio de dos siglos ejercieron los virreyes en tierras del *mezzogiorno*. Gonzalo Fernández de Córdoba inicia una larga lista cerrada por Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, quien el año 1707 dio paso a la corte de Viena tutelada por el monarca Leopoldo I. En el intervalo Juan de Aragón, conde de Ribagorza; Pedro Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba; Pedro Téllez Girón, duque de Osuna; Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda; el conde de Lemos, Pedro Fernández de Castro; el marqués de Astorga, Antonio Pedro Álvarez de Toledo; y Luis Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli, penúltimo de una serie próxima al medio centenar de nombramientos, identifican a los gobernadores². Tras veintisiete años de régimen austriaco, en 1734 Nápoles recupera su vocación española ahora como reino independiente, cuyo trono ocupó Carlos de Borbón abdicando en 1759 para suceder a su hermano Fernando en el cetro español. Heredó el trono su hijo *Ferdinando*, y el blasón borbónico cubrió Nápoles

¹ A.M. Ortese, *Il porto di Toledo*, Milán, Rizzoli, 1975.

² Cf. Giuseppe Coniglio, *I vicere spagnoli di Napoli*, Nápoles, Fausto Fiorentino, 1967.

Andrés Galera

el resto de la centuria. Sin embargo, a pesar del estrecho vínculo y contrariamente a lo ocurrido con los dominios americanos, la historia de España oculta su faz napolitana. Pocos identifican a Carlos III como rey de Nápoles³, ¿porqué? La respuesta es obvia, porque la pregunta no pertenece al acervo de los pasatiempos. Ironía sobre una actitud indolente cuyo peaje es la incultura. De una historia olvidada escribo en este libro analizando el desarrollo de la historia natural en el reino de Nápoles desde el siglo XVI hasta la centuria decimonónica. Es un diálogo con el pasado a través de unos naturalistas cuya ideología estudio invadiendo su sociedad, su modelo político, su sistema educativo, sus relaciones personales, para conformar un ensayo sobre el problema epistemológico de conocer la naturaleza y corroborar el principio goethiano de la felicidad: «uno nunca podrá ser completamente desgraciado mientras se acuerde de Nápoles»⁴.

³ Sobre el tema cf. Jesús Urrea, *Carlos III en Italia (1731-1759): itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989; M^a de los Ángeles Pérez Samper, *La vida y la época de Carlos III*, Barcelona, Planeta, 1998, cap. III, pp. 43-91.

⁴ Cf. Johann W. Goethe, *Viaje a Italia*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 190.

MOVIMIENTO, TIEMPO Y VIDA

*Lo guarracino che jeva pe mare
le venne voglia i se 'nozorà,
se facette no bello vestito
de scarde de spine pulito pulito
co na parucca tutta ingrifata
de ziarelle 'mbrasciolata
co lo sciabò scolla e punizi
de punte Angrese fini fini.*

Abre las páginas de este libro una estrofa de la conocida fábula musical napolitana *Il Guarracino*⁵, nombre vulgar del pez *Chromis chromis*. La intención es doble, pues si bien no deja de ser un recurso literario, un artificio estético a ritmo de tarantela, un *divertimento* para iniciar plácidamente nuestro discurrir por los vericuetos de las ciencias naturales en el reino de Nápoles, la *canzonetta*, cuya letra alude a decenas de organismos marinos, tiene un valor intrínseco como fenómeno cultural representativo del estrecho vínculo que existe entre los habitantes del mar y la tierra del golfo de Nápoles. Siempre bajo la ardiente y cómplice mirada del Vesubio.

Acordes nada musicales son los caracteres geométricos propuestos por Galileo para leer el libro del universo, sin los cuales sería «como girar vanamente en un oscuro laberinto»⁶. Siglos más tarde

⁵ El fragmento de la conocida tarantella napolitana pertenece a la versión de Guglielmo Cottrau, 1829. El texto está publicado en Christiane Groeben; Maria Cristina Gambi, *Lo Guarracino che jeva pe mare*, Nápoles, Gaetano Macchiaroli, 1992, p. 43.

⁶ Galileo Galilei, *El ensayador* (traducción de José Manuel Revuelta), Madrid, Sarpe, 1984, ensayo 6, p. 61. Como indica Jacques Roger, *Les sciences de la vie*

Albert Einstein y Leopold Infeld, en los prolegómenos de su *The evolution of physics*, rescatan de la metafísica aristotélica la definición del saber como un hecho natural y, consecuentemente, las «tentativas de leer el grande y misterioso libro de la naturaleza son tan antiguas como el propio pensamiento humano»⁷. Para ambos físicos, esta lectura alcanzó su fundamento con el modelo mecanicista que Galileo y Newton representan. La máquina y el movimiento como elementos definitorios de la vida y de los seres vivos es la consecuencia lógica de la interpretación determinista construida por los científicos como descriptor de la naturaleza. Descartes no duda en imaginar al hombre como un artilugio divino compuesto por piezas engranadas, los órganos, es una máquina cuyas funciones son la consecuencia de su organigrama: «sucede lo mismo, ni más ni menos, que con los movimientos de un reloj de pared u otro autómatas, pues todo acontece en virtud de la disposición de sus contrapesos y de sus ruedas»⁸. El movimiento como cualidad de la vida —iatromecánica—, y, aún más, como principio causal de un cosmos donde los seres vivos son meros elementos —Copérnico, Kepler, Galileo, Newton—. La mecánica es el principio activo de la materia, sea orgánica o inorgánica.

Esta puede ser una buena manera de aproximarnos al siglo XVIII, esquemática, con carencias, pero suficiente para subrayar dos elementos epistemológicos característicos del saber: conocer la naturaleza, el universo, y hacerlo siguiendo un programa general, con un lenguaje común y principios unitarios, relacionando las partes por sus semejanzas y no por sus diferencias. Demos un paso más hacia las *luces*. En 1667 Lorenzo Magalotti, secretario de la Academia de Cimento, afirmaba: «Primogénita entre todas las criaturas de la divina sabiduría fue, sin duda, la idea de verdad, a cuyo diseño se ajustó

dans la pensée française au XVIII siècle, París, Albin-Michel, 1993, *avant-propos*, p. XXVIII, sin retroceder a los clásicos, la idea de un universo escrito en lenguaje matemático está presente en el siglo XIV con Nicole Oresme y la escuela del Merton College. La novedad galileana resulta de conjugar teoría y práctica, cuantificando los fenómenos estudiados.

⁷ Albert Einstein y Leopold Infeld, *La evolución de la física*, Barcelona, Salvat, 1993, p. 3.

⁸ René Descartes, *El tratado del hombre*, Madrid, Alianza, 1990, p. 109.

tan estrechamente el maestro eterno al fabricar el universo que no formó cosa alguna que tuviese en sí el menor rasgo de falso»⁹. Lo verdadero y lo falso. Una reflexión maniquea sobre el libro de la naturaleza. De la verdad dan testimonio sus páginas, el error surge de la dificultad de su lectura; el hombre «al querer internarse excesivamente en el conocimiento, vino a crear un número infinito de falsedades»¹⁰. Pero no falta la esperanza, el deseo, ni la capacidad de conocer. En palabras de Cicerón: «los días van borrando las invenciones de la imaginación, pero confirman los juicios de la naturaleza»¹¹. Este principio de incertidumbre, de aproximación a la verdad mediante el error, derivado de la imperfecta condición humana, ha regido el destino de la historia natural. La advertencia procede de Platón, recordándonos que la realidad es un ideal al que nos acercamos mediante aproximaciones. Algunos siglos después Buffon tituló la empresa cognitiva *De la manera de estudiar y tratar la historia natural*¹², aludiendo a la inmensidad de los hechos a descubrir frente a las carencias del hombre, causa por la cual «los más hábiles observadores, después de un trabajo de muchos años, sólo han ofrecido esbozos bastante imperfectos de la multitud de objetos que presentan las ramás particulares de la Historia Natural»¹³.

La centuria dieciochesca contiene una nueva clave para descifrar el código natural: el tiempo biológico¹⁴. Animales, minerales y plantas, participan de un presente enraizado en un pasado escrito en caracteres geológicos. Los restos fósiles, la estratigrafía, descubren el

⁹ Lorenzo Magalotti, *Saggi di naturali esperienze* (ed. Teresa Poggi Salani), Milán, Longanesi, 1976, p. 57.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Cicerón, *Sobre la naturaleza de los Dioses* (trad. F. P. Samaranch), Buenos Aires, Aguilar Argentina, 1970, lib.II, cap. 2.5, p. 114.

¹² Buffon, «De la manière d'étudier et de traiter l'histoire naturelle», en *Histoire Naturelle, Générale et Particulière, avec la description du Cabinet du Roi*, París, Imp. Royale, 1749-1789, tomo I.

¹³ Buffon, *Histoire naturelle, Premier discours* (ed. J. Varloot), París, Gallimard, 1984, p. 37.

¹⁴ Sobre tal argumento es de particular interés el análisis histórico realizado por François Jacob, *La logique du vivant*, París, Gallimard, 1970, en el capítulo III, «le temps», pp. 146-195.

ayer y permiten imaginar el futuro. Así, la vida es un mundo de sensaciones, el universo de los sentidos proclamado por el abate Condillac. Muy lejos queda el alma material y mortal con la que Lucrecio, aplicando el ideario atomista elaborado por Demócrito y aceptado por Epicuro, caracteriza la cualidad vital de los seres vivos en *De rerum natura*¹⁵. Las leyes de la mecánica no regulan ya el fenómeno de la vida, que recupera el alma recientemente perdida con Descartes: «no debemos concebir en esta máquina alma vegetativa o sensitiva alguna, ni otro principio de movimiento y de vida»¹⁶. El planteamiento ha cambiado y los seres vivos se definen mediante la cadena de los seres, una secuencia continua que relaciona las formas orgánicas e inorgánicas utilizando el criterio de la perfección y cobija una interpretación unitaria de la vida terrestre al amparo de un tiempo que dejará de ser el de la Creación para adquirir una progresiva dimensión transformista. Es el tiempo de los sentidos, en correspondencia con la imagen etérea de la naturaleza representada por ese animal metafísico, la *estatu sensible*¹⁷, que la imaginación de Condillac pergeña en su *Traité des sensations*. Un hombre de mármol dotado en su génesis de un alma pura y del olfato como única cualidad sensitiva. Paulatinamente, a través de sucesivas experiencias con el medio, adquiere las facultades propias de la especie humana hasta alcanzar la noción de espacio. Un espacio donde, como diría Aristóteles, el hombre de-

¹⁵ Tito Lucrecio Caro, *La naturaleza*, Madrid, Akal, 1990, pp. 185 y ss.

¹⁶ R. Descartes, *El tratado del hombre*, Madrid, Alianza, 1990, p. 109. La negación de todo elemento inmaterial como causa del fenómeno de la vida conduce a Descartes a definir un sistema de pequeñas partículas, denominadas *espíritus animales*, procedentes de la sangre y seleccionadas en el cerebro, donde se concentran en la glándula pineal, que a través del sistema nervioso llegan a los músculos alterando su forma y produciendo el movimiento (véanse pp. 34 y ss.). Para el hombre Descartes admite un alma racional, localizada en el cerebro, que lo diferencia del resto del mundo animal, una parte distinta del cuerpo cuya función es pensar, regulada por la glándula pineal. Sobre esta temática, junto al *Traité de l'homme*, consúltese el *Traité des passions de l'âme*; y los capítulos IV y V de los *Principia philosophiae* y del *Discours de la méthode*, respectivamente.

¹⁷ Étienne Bonnot de Condillac, *Traité des sensations*, París 1754. Jorge Luis Borges ha recogido la fantasía comparándola con otra especie no menos metafísica, el *animal hipotético* de Lotze. Cf. J. L. Borges, *Manual de zoología fantástica*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1983, 4ª reimpresión, pp. 18-19.

sarrolla su deseo de saber. La Ilustración estimuló esta inquietud intelectual siguiendo la pauta marcada por Francis Bacon, quien, en las primeras décadas del siglo XVII, sentenciaba: «El hombre, servidor e interprete de la naturaleza, ni obra ni comprende más que en proporción a sus descubrimientos experimentales y racionales sobre leyes de esta naturaleza; fuera de ahí, nada sabe ni nada puede»¹⁸. Máxima que el siglo de las *Luces* puso en práctica para clasificar, para especular sobre el origen de la vida, para estudiar la génesis de los organismos, y para comprender la transformación de las especies como capítulos sobresalientes de un saber renovador.

El precedente es sólo uno de los caminos posibles para resumir el interrogante cognitivo que caracterizó el estudio de la naturaleza durante el seis y el setecientos, proceso que como todo fenómeno intelectual no tiene fronteras definidas; y así el tiempo de conocer se expande y se contrae, aparece y desaparece, se sumerge entre tinieblas y renace protagonista frente a la cronología. Poco importa si la sombra del Vesubio es o no alargada, los naturalistas napolitanos estuvieron imbuidos de la inquietud intelectual necesaria para participar en la construcción de la ciencia europea. La presente historia lo es de ellos y pertenece a un marco intelectual donde la investigación histórica se realiza interpretando el pasado con una perspectiva de futuro. El resultado conforma un árbol genealógico donde las corrientes intelectuales aparecen, se extinguen, y vuelven a renacer acordes a nuevos criterios de investigación, sustentadas en otros saberes. El árbol de la ciencia lo es por su imagen y no por sus frutos, ramas que crecen, cruzan, resquebrajan, rompen y consolidan en el discurrir de una historia del hombre caracterizada por la rectitud del tiempo y su curvilíneo trazado.

Concluiremos el preámbulo acudiendo a Diderot. Afirma este filósofo que «en ningún caso, el tiempo que empleamos en interrogar a la naturaleza está completamente perdido»¹⁹ —incluso cuando las preguntas correspondan al capítulo de la historia de la ciencia, añadi-

¹⁸ Francis Bacon, *Novum organum* (trad. Cristóbal Litrán), Madrid, Sarpe, 1984, p. 33.

¹⁹ Denis Diderot, *Sobre la interpretación de la Naturaleza* (ed. bilingüe de Mauricio Jalón), Barcelona, Anthropos, 1992.

Andrés Galera

mos nosotros—, no en vano *la vida del hombre es un continuo monólogo con la naturaleza*, como asevera un maestro contemporáneo²⁰.
Dialoguemos.

²⁰ José Luis Peset, *Ciencia y libertad*, Madrid, CSIC, 1987, p. 13.